

Fernando Vidal & Francisco Ortega, *¿Somos nuestro cerebro? La construcción del sujeto cerebral*, Alianza, Madrid (2021), 367 pp.

En los últimos años, varios libros han respondido negativamente, ya en sus portadas, a la pregunta «¿somos nuestro cerebro?». Cada uno de ellos lo ha hecho desde perspectivas y disciplinas diferentes. Así, por ejemplo, Alva Noë divulgaba en *Fuera de la cabeza: Por qué no somos el cerebro y otras lecciones de la biología de la consciencia* la extensión a una teoría enactiva de la conciencia de su concepción sensoriomotora de la visión. Por su parte, Markus Gabriel rodeaba con el envoltorio de la filosofía de la mente una serie de propuestas de antropología filosófica en su *Yo no soy mi cerebro: Filosofía de la mente para el siglo XXI*, reseñado recientemente en estas páginas. Lo que hallará en cambio el lector en *¿Somos nuestro cerebro? La construcción del sujeto cerebral* (traducción castellana de *Being Brains: Making the Cerebral Subject*, seleccionado como Outstanding Book en 2018 por la Sociedad Internacional de Historia de las Neurociencias) es un estudio cultural sobre «la ideología de lo ‘neuro’».

En la lectura de Vidal y Ortega (que habían colaborado previamente en la edición del volumen colectivo *Neurocultures: Glimpses into an Expanding Universe*), esa ideología, que concibe al ser humano como un «sujeto cerebral», no dimana de un centro articulador asentado en el núcleo de las disciplinas neurocientíficas «duras» para filtrarse desde él hacia las aplicadas, la divulgación científica o la cultura popular. Nos encontraríamos, antes bien, ante un fenómeno cultural de gran amplitud y complejidad, en el que las vías de influencia y retroalimentación corren en todas las direcciones, dando en cualquier caso pábulo a esa autointerpretación de acuerdo con la cual «somos nuestro cerebro».

Desde luego, no se les escapa a los autores la distinción entre la investigación básica y el creciente enjambre de estudios, prácticas y afirmaciones con diversos grados de solidez epistémica y anclaje en el estudio del cerebro. Con todo, se resisten a perfilar esa frontera con trazos definidos por lo que a la emergencia de la «ideología de lo ‘neuro’» se refiere, porque, arguyen, con demasiada frecuencia los principales protagonistas del mundo de la investigación básica se pronuncian en términos que apenas difieren en su contenido de las más toscas campañas de *marketing*.

El texto se divide en cuatro capítulos. El primero rastrea los orígenes históricos de la señalada autointerpretación como «sujetos cerebrales» anexa a la «ideología de lo ‘neuro’», avanzando la tesis de que la identificación de la mente, la acción humana y la identidad personal con la actividad del cerebro no derivó de ningún descubrimiento científico, sino que echó más bien a andar sobre la base de la «reconceptualización de la identidad personal ocurrida en la modernidad temprana» (p. 45). El paso decisivo de esa reconceptualización habría tenido lugar a finales del siglo XVII con la equiparación entre la noción de persona y la continuidad de memoria y conciencia. Este *yo* moderno, caracterizado por una serie de facultades y capacidades psicológicas, no se presentó aún como un «sujeto cerebral» en Descartes

o en Locke, pero el vínculo que trazaran entre mente y sujeto habría constituido el fermento de la posterior localización del *yo* en el cerebro. Sea como fuere, insistamos, esa localización no habría hundido sus raíces en este o aquel desarrollo de las ciencias naturales, sino en el devenir filosófico y cultural de la modernidad: el «sujeto cerebral» no sólo habría precedido al estudio científico del cerebro, sino que su historia cultural es, de hecho, «en gran medida independiente de la historia de la ciencia del cerebro» (p. 62).

A esta breve genealogía del «sujeto cerebral» se suma en este primer capítulo un interesante recorrido por la plasmación de la «ideología de lo ‘neuro’» en las prácticas y doctrinas «neuroascéticas» que desde mediados del siglo XIX se prolongan hasta nuestros días, con un significativo matiz: mientras sus antecedentes decimonónicos se orientaban a la rehabilitación de un tejido social erosionado por el auge del industrialismo, la gimnasia cerebral contemporánea aparece como un nodo más de una trama cultural radicalmente individualista, en la que «la naturaleza esencialmente cerebral del *yo* deja a las otras personas y al entorno social y cultural relegados a la obsolescencia» (p. 85).

El segundo capítulo ofrece una caracterización general de las «neurodisciplinas» acompañada de dos estudios de caso: uno sobre neuroestética y otro sobre las neurodisciplinas de la cultura. En cuanto a la referida caracterización, las «neurodisciplinas» nos son presentadas como la encarnación académica de la ideología de la cerebralidad. En este ámbito académico, esa ideología adoptaría la forma de una extensión de los métodos y marcos conceptuales de la neurociencia cognitiva a las humanidades y las ciencias humanas. A su vez, esa extensión se ensayaría con la pretensión de fundamentar y dotar de rigor científico a las áreas de investigación «intervenidas». «Durante siglos, los filósofos/sociólogos/antropólogos/historiadores se han preguntado X. Ahora, las neurociencias empiezan a arrojar luz sobre *la* respuesta»: éste podría ser el lema de aquellas «intervenciones».

De la neuroética a la neurohistoria, la lógica de la intervención es siempre la misma: partiendo del axioma de que «la mente es lo que hace el cerebro», se desatiende cualquier factor ajeno a «lo ‘neuro’» de cara a dar cuenta de los fenómenos humanos de interés. Ese «factor ‘neuro’» aparece así, en el plano ontológico, como substrato último de los fenómenos que sean el caso y, en el epistémico, como su base explicativa, idea que trae aparejado el supuesto de la existencia de una cierta jerarquía del conocimiento en la que las neurociencias sobrepujan a las ciencias humanas –el supuesto, en otras palabras, de que todo se torna más consistente y «objetivo cuando se cuenta con un correlato neuronal» (p. 134).

Los autores denuncian en este punto el manifiesto abismo que media entre las pretensiones y las posibilidades de las neurodisciplinas: armadas con las modernas técnicas de neuroimagen funcional, cuyos resultados no ofrecen sino correlaciones –afectadas, adicionalmente, por limitaciones metodológicas bien conocidas–, las neurodisciplinas aspiran a proporcionar explicaciones causales de sus objetos de estudio. Así pues, mientras las declaraciones programáticas publicitan el designio de esclarecer rigurosa y definitivamente diferentes fenómenos humanos, lo que los hechos ponen de relieve es, además de la señalada asimetría entre metodología y objetivos, una completa desatención a las disciplinas humanas pertinentes –lo cual no debiera coger a nadie por sorpresa, porque, al fin y al cabo, «¿para qué estudiaría alguien, por ejemplo, la estética filosófica o las teorías de la cultura si esos enfoques son precisamente lo que se quiere remplazar por la ciencia del cerebro?» (p. 97).

Antes de entrar en materia, los autores subrayan que no es el recelo –supuestamente endémico entre los especialistas en ciencias humanas y sociales– ante la idea de que el ser humano sea «un animal más» lo que les mueve a la crítica de las neurodisciplinas. El resorte último de su crítica habría que buscarlo, antes bien, en la aludida disparidad entre métodos y objetivos, esto es, en el hecho de que la neuroimagen funcional no es siempre ni en última instancia la herramienta más apropiada para avanzar hacia la comprensión de los fenómenos de los que las neurodisciplinas quieren ocuparse. Es importante destacar que esta inadecuación no se debería a limitaciones que un eventual progreso tecnocientífico pudiera contribuir a superar: al contrario, se trata de limitaciones conceptuales, vinculadas con el hecho de que los resultados de estudios de neuroimagen funcional carecen de sentido fuera del contexto empírico proporcionado por estudios paralelos –tanto de neuroimagen como basados en otros paradigmas– y, decisivamente, fuera de un marco teórico capaz de articular fisiología y psicología, un marco que las neurodisciplinas no pueden proponerse aportar. En este sentido, a menudo son los propios neurocientíficos los primeros en apuntar que los resultados anunciados como novedosos en diferentes neurodisciplinas añaden poco o nada a conocimientos previamente establecidos en disciplinas básicas –incluyendo a la psicología–, y con mucha frecuencia se limitan a una mera presentación yuxtapuesta. Es por ello que conviene preguntarse si los presupuestos y enfoques de las neurodisciplinas son «los adecuados para alcanzar los objetivos, responder las preguntas y analizar los objetos que sus protagonistas dicen investigar» (p. 121).

Los señalados estudios de caso sobre neuroestética y neurodisciplinas de la cultura concretizan de forma análoga esta caracterización general de las neurodisciplinas. En el relativo a las neurodisciplinas de la cultura, la intención de los autores es la de documentar que, a pesar de las diferentes filiaciones y orientaciones de la neurociencia cultural y la neuroantropología, en ambos casos se rehúsan los métodos y tradiciones de las ciencias humanas para ofrecer como resultados los que no dejan de ser los propios axiomas de partida: a saber, que la cultura tiene «bases neuronales», una afirmación que ni es en sí misma particularmente esclarecedora ni resulta precisada por el trabajo en el área. Por su parte, en el estudio dedicado a la neuroestética, los autores no sólo inciden en el reduccionismo ramplón hacia el que se desliza esta neurodisciplina, sino sobre todo en la trivial inoperancia de sus productos: las consabidas correlaciones entre activación regional y exposición a determinados estímulos, cuyas potenciales aportaciones a la estética restan indefinidas.

El capítulo tercero contiene, a nuestro juicio, los segmentos de mayor riqueza de este texto. Su aproximación a la «cerebralización» del sufrimiento psíquico se alza, nuevamente, sobre dos estudios de caso: después de un plural y equilibrado recorrido por las limitaciones del proyecto de reformar mediante la neuroimagen la investigación y la clínica de la depresión, los autores se detienen en las ambivalencias de «lo ‘neuro’» en los procesos de producción de subjetividad dentro del contexto de los trastornos del espectro autista. La apuesta crítica es en este punto muy clara, pero no se orilla a expensas suyas la complejidad de los debates abiertos en torno a la investigación básica, la clínica o los factores psicosociales de ambos trastornos.

Por lo que a la depresión se refiere, a la elucidación de los motivos del escaso éxito del conato de refundar la nosología desde la neurobiología se añade la insistencia en las taras de una cultura científica que habría decidido, de antemano, que la objetividad está reñida con cualquier clase de modelo integrador, porque el significado de

«objetividad» vendría a resolverse, en último término, en «reduccionismo biológico». En cuanto al multiforme campo de la construcción de identidades «neurodiversas» en torno a los trastornos del espectro autista, en él se hace ejemplarmente patente el constitutivo carácter ambivalente de «lo ‘neuro’»: mediante la popularización de la «neurojerga» se biologiza una entidad nosológica que sigue careciendo de marcadores biológicos a fin de despatologizarla, lo que puede contribuir tanto a atenuar determinado tipo de estigmas como a impeler hacia una homogeneización abstracta del cerebro autista como medio para una singular búsqueda de sentido de comunidad a través de la delimitación somática de identidades solipsistas.

Lo que queda al cabo de ambos estudios de caso es el choque entre las promesas de una cultura que espera una limpia demarcación científica de todo lo real y el hecho de que «la naturaleza incómodamente polimorfa de lo ‘neuro’ no representa un problema a ser resuelto o un defecto temporal a ser superado, sino que pone de manifiesto su atributo fundamental. Existen diferentes formas de ser sujeto cerebral que no dependen directamente de la terminología o los resultados científicos, sino de elecciones de otra naturaleza (psicológica, moral, política, social e incluso retórica) en cuyo marco esa terminología y esos resultados son usados como recursos» (p. 248).

Si el capítulo tercero entreveraba con agilidad y pertinencia los más diversos materiales –del DSM a blogs de activistas– al ocuparse de la cerebralización de la psicopatología, en el cuarto es el análisis de una cuidada selección de novelas y películas el que permite avanzar hacia la conclusión de que, en la ficción, las diferentes tensiones, límites y ambivalencias de la cultura de «lo ‘neuro’» encuentran no sólo un medio privilegiado de expresión, sino asimismo, y en el mejor de los casos, orientaciones para la eventual apertura de vías hacia diversas fórmulas de compromiso.

En línea con trabajos previos de gran impacto y difusión (cf., v. g., Choudhury & Slaby, 2012; Satel & Lilienfeld, 2013), pero enlazando de una forma muy refrescante el análisis del discurso académico, científico y popular, el libro de Vidal y Ortega emprende una labor crítica que, en vista de la creciente desorientación científica, filosófica, moral y política de la idolatría tecnocientífica escenificada en los medios de masas, resulta cada día más urgente. Con todo, es posible identificar en el texto algunos extremos que, a pesar de su independencia respecto del objetivo perseguido, pueden redundar en menoscabo de su eficacia retórica. En este sentido, a quienes reciban con escepticismo el diagnóstico de *¿Somos nuestro cerebro?* les será dable recurrir a la rotundidad (cf. Pickersgill, 2018) de algunos de los pasajes de la breve genealogía del sujeto cerebral –punto de partida y principal aportación original del libro– para alegar que la atribución de funciones psíquicas al cerebro en base a la observación clínica y la experimentación fisiológica es tan antigua como la observación clínica y la experimentación fisiológica, y se prolonga así de los orígenes mismos de la práctica y la indagación médica, en el Egipto del Imperio Medio o Alcmeón de Crotona, al localizacionismo ventricular medieval-renacentista, pasando por las tradiciones hipocrática y alejandrina que desembocaran en Galeno. Del mismo modo que cabe sostener con verosimilitud que esta ubicación somática de funciones psíquicas antecedió con mucho a la modernidad –y que la insinuada contraposición entre humorismo y localizacionismo está lejos de zanjar por sí misma la cuestión–, se haría necesario movilizar mayores recursos para substanciar la idea de que la identidad personal o el concepto mismo de persona se encontraban antes de

la modernidad a una distancia significativa de esa vida mental vinculada al encéfalo desde los propios orígenes de la historia escrita.

Añadiremos a lo antedicho sólo tres comentarios deslavazados. En primer lugar, no se entiende la inclusión de la neurociencia afectiva (p. 91) en el saco de las neurodisciplinas: un vistazo superficial basta para constatar que no comparte con ellas ninguna de sus características. En segundo lugar, anotemos de pasada que resulta curioso que ninguno de los libros que comparten título con el que hemos venido comentando se detengan en el estudio del creciente cuerpo de investigación sobre la biología del *yo* en neurociencia cognitiva y neurociencia afectiva (cf., v. g., Arias Domínguez, 2021). Finalmente, debiera sobrar advertir contra el riesgo de tirar al niño con el agua: hacerse cargo de los excesos publicitarios y el imperialismo epistémico de las neurodisciplinas no ha de equivaler a rechazar por principio los réditos, materiales y oportunidades de interacción fructífera que la investigación neurocientífica ofrece a las ciencias humanas –aun sin necesidad de exceder el ámbito de las «meras correlaciones», porque también ellas comienzan a hablarnos con cierta elocuencia cuando disponemos lo necesario para integrarlas en la tupida red de resultados conexos obtenidos en el seno de paradigmas experimentales y marcos teóricos progresivamente acendrados en diversas áreas de la psicología y las neurociencias.

La psicóloga israelí-estadounidense Iris Berent especulaba recientemente acerca de los motivos de nuestro «irracional enamoramiento» con las explicaciones espurias basadas en el cerebro (Berent, 2021). Lo primero que debemos hacer para enfrentar esa irracionalidad es identificarla, y el trabajo de Vidal y Ortega pone al efecto en nuestras manos un valioso juego de herramientas.

Referencias bibliográficas

- Arias Domínguez, A. (2021) “Bosquejo de un sujeto mínimo neuroafectivo”, *Bajo Palabra*, 28, pp. 61-80.
- Berent, I. (2021) «People love the brain for the wrong reasons», *Scientific American*, 10 de diciembre.
- Choudhury, S. & Slaby, J. (eds.) (2012) *Critical Neuroscience: A Handbook of the Social and Cultural Contexts of Neuroscience*. Chichester: Wiley.
- Pickersgill, M. (2018) «Historicizing the brain», *Somatosphere*, 21 de febrero.
- Satel, S. & Lilienfeld, S. O. (2013) *Brainwashed: The Seductive Appeal of Mindless Neuroscience*. New York: Basic Books.

Asier Arias Domínguez